

## LA COMPETENCIA DE LO ALTERNATIVO EN EL MUNDO DE LA RELIGIÓN

JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NOGALES

El caso de la secta «El Templo del Pueblo», de Jim Jones, en Guyana, con un saldo de 915 muertes simultáneas el 18 de noviembre de 1978, fue extremo. La fundación del «Templo del Pueblo» por Jim Jones no obedeció estrictamente a motivos religiosos sino preferentemente políticos. Es verosímil que se tratase de un proyecto para infiltrar en la sociedad americana una «iglesia atea» por parte del Partido Comunista de los Estados Unidos. La evolución posterior del grupo bajo la férrea dirección de J. Jones escapó a todo control. Trasladada su comuna a Guyana, fundó «Jonestown» como una experiencia de «monasterio marxista». La catástrofe aconteció tras el asesinato, en el aeropuerto de Port Kaituma, del senador californiano Leo Ryan, que había visitado la comuna con una comisión senatorial de los Estados Unidos. El asesinato del senador fue llevado a cabo por la «Brigada Roja», cuerpo de guardia de Jonestown. Al llegar la noticia a la comuna se tuvo una reunión que quedó registrada en cinta magnetofónica. Se decidió «un suicidio masivo por la gloria del socialismo». Las últimas palabras son de Jim Jones: «no nos hemos suicidado. Hemos realizado un acto de suicidio revolucionario para protestar contra las condiciones de un mundo inhumano...»<sup>1</sup>. El suicidio se llevó a cabo mediante un veneno compuesto de cianuro, sedantes y edulcorantes, que se dio a beber primero a los niños. Muchos aparecieron muertos a tiros. Se ha llegado posteriormente a la conclusión de que la mayor parte de los suicidios fueron inducidos por algún tipo de violencia, el fanatismo o el terror

---

<sup>1</sup> James Warren Jones (1931-1978), nacido en una familia cuya madre estaba vinculada al espiritismo y el padre al Ku Klux Klan. Cf.. M. INTROVIGNE, *Idee che uccidono. Jonestown, Waco, Il Templo Solare*, Pessano, Milano 1995, 17-36. Importantísimo el estudio sobre grabaciones magnetofónicas directas de J. R. HALL, *Gone from the Promised Land. Jonestown in American Cultural History*, New Brunswick, New Jersey, Oxford 1987; y J. G. MELTON, *The People Temple and Jim Jones. Broadening our Perspective*, New York, London 1990. En español, una síntesis de M. Guerra Gómez en *Diccionario enciclopédico de las sectas*, Madrid 1998, 441-442, bajo el epígrafe «Jones», véase también el epígrafe «Templo del Pueblo» (*ibid.*, 878).

colectivo. Y también se tiene por cierto que en muchos casos se trató de auténticos asesinatos camuflados como suicidios.

Otros casos de tristes consecuencias encuentran lugar en las páginas de la prensa diaria. En España tuvimos el caso de «Edelweis» en 1984, con problemas de corrupción de menores; el líder de esta secta, en libertad tras años de prisión, fue asesinado, degollado, recientemente, en un caso turbio aún no aclarado del todo. También fue sonado el caso de los «Davidianos», atrincherados en Waco, Texas, con su líder mesiánico, David Koresh, y la catástrofe humana provocada con la intervención del FBI a partir del 28 de febrero de 1993. Más recientemente, tuvimos noticia de la secta «El Templo Solar», en Cheiry (Friburgo), en 1994. El episodio de «La Verdad Suprema», que introdujo el gas asfixiante en el metro de Tokio, apareció en la prensa y en los programas informativos a mediados de 1995. Últimamente hemos tenido los casos sonados de la secta ufológica «La Puerta del Cielo», en 1997, y los sucesos de Tenerife de 1998, en los que es muy probable que la oportuna intervención de la policía evitase otro suicidio colectivo.

En amplios sectores sociales y religiosos empiezan a producirse signos de alarma. Se oyen comentarios sobre tal o cual chica que ha entrado en una secta, noticias de que un familiar ha comenzado a asistir a determinadas reuniones programadas por un grupo de dudoso perfil socio-religioso, etc. Comentarios cada vez más frecuentes. Recibo cartas de algún padre, que tiene hijos en un grupo de carácter marcadamente sectario, en las que me agradece mis publicaciones, al mismo tiempo que me insinúa que soy demasiado «blando» en mi tratamiento del tema. He debido responderle que los analistas hacemos un mejor servicio facilitando una descripción objetiva de los fenómenos de religiosidad sectaria, sin realizar descalificaciones generales o emplear un lenguaje excesivamente cargado de agresividad apologética, comprensible en quienes padecen en sus sentimientos más profundos el daño causado por determinadas formaciones sectarias. Me han visitado también personas casadas, de equilibrado carácter, algunas con alto nivel cultural, de religiosidad sincera y valores morales, que me piden ayuda, orientación, porque sus familias se están deshaciendo tras la implicación del cónyuge en un grupo de perfil sectario. Temen por sus hijos, por su educación, su salud mental, su futuro. Las palabras «impotencia», «desesperanza», «vacío legal», «sentimiento de abandono por parte de las instituciones sociales» y otras del mismo estilo, son frecuentes en estas conversaciones.

He dicho ya en otra publicación<sup>2</sup>, que el siglo XXI, en cuyos umbrales estamos situados, parece que va a ser un siglo «religioso». Y hablaba allí ampliamente del error cometido por aquellos que entonaron precipitadamente el canto a la muerte de Dios, el «requiem aeternam Deo», como preludio del desfondamiento de la religión. Allí aportaba citas de reconocidos analistas del fenómeno religioso en las

---

<sup>2</sup> Cf. JOSÉ LUIS SÁNCHEZ NOGALES, *La nostalgia del Eterno. Sectas y religiosidad alternativa*, CCS, Madrid 1998, 5-11.

que se fundamentaba la tesis de que el hombre es anhelo de transcendencia. Que toda clausura o autoclausura del hombre en su mera finitud hace de él un ser patético. Este próximo y ya inminente siglo XXI corre el riesgo de que las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, que han sido raíces fecundas de civilización y de cultura para la humanidad, a pesar de sus ambigüedades, se vean desbordadas por una avalancha de religiosidad alternativa, en muchos casos patológica y sectaria. No hay más que asomarse a las páginas de los diarios, a cualquier programa informativo de radio o televisión, así como a cualquier explorador de internet, para comprobar los estragos que están provocando los fundamentalismos, los fanatismos incontrolados, las aberraciones morales, psíquicas y físicas de incontables grupos que se autodenominan religiosos.

### *Es necesario «hacer algo»*

Las sociedades, que hoy suelen organizarse en estados aconfesionales o laicos, tendrán que plantearse este problema. Primero deberán comprender correctamente su aconfesionalidad o laicidad. Muchas veces éstas son interpretadas por las administraciones de los estados como beligerancia contra la religión mayoritaria o hegemónica en sus territorios y sociedades. Esto ha ocurrido especialmente en occidente a partir del racionalismo, la ilustración y la crisis radical del siglo XIX. Pienso que deberían plantearse el asumir la responsabilidad que les compete, para crear los marcos jurídicos que amparen la verdadera libertad religiosa y su ejercicio. Sobre todo, fomentando la creación de un marco jurídico, administrativo y social que haga posible una auténtica educación religiosa y una cultura religiosa vivas, desde la fe de los creyentes. Además, esos marcos jurídicos y esos modelos de convicción deberían ir promoviendo una situación cultural y de derecho que ponga coto a la violencia contra el hombre, la sociedad y la cultura que se pretende presentar falsamente bajo formas religiosas. Son varios parlamentos, entre ellos el de Europa, los que se han planteado ya la necesidad de un marco jurídico que proteja y fomente la libertad religiosa y, al mismo tiempo, defienda a los ciudadanos de las aberraciones humanas y morales que pretenden hacerse pasar por religión. El tema es delicado, pero el panorama social actual reclama un tratamiento adecuado y acertado del problema.

La sociedad, asimismo, en sus miembros individuales y en sus instancias y grupos intermedios, está también llamada a tomar conciencia de que es responsable de las grandes experiencias de Dios que alberga, de las religiones legitimadas por la razón, la historia y la cultura. Dentro de una real consideración e incluso fomento de la libertad de conciencia, habrían de plantearse la necesidad de reclamar un clima de respeto, donde tenga cabida una sana y equilibrada actitud crítica. Existen sociedades que no son plenamente conscientes de que sus administraciones gubernamentales fomentan y financian la proliferación de grupúsculos falsamente religiosos y de carácter claramente sectario, con objeto de quebrantar el peso social de grandes religiones históricas. Y eso ahora no es difícil dado el

hecho de que muchas de estas formaciones de carácter sectario, o al menos dudosamente alternativo, se camuflan bajo estatuto jurídico de ONG. Las hay que alardean en su propaganda de tener relaciones de cooperación con la UNESCO en programas de ayuda a la infancia o en desarrollo de los valores y derechos humanos en el ámbito de la educación. Las administraciones que actúan así, lo hacen porque las grandes religiones, como es el caso de la Iglesia Católica en Hispanoamérica, a causa de sus exigencias éticas, ponen coto a los desmanes que el egoísmo humano cristalizado en políticas concretas de desarrollo e intercambio, pretende ejercer sobre los pueblos empobrecidos. Las sociedades son responsables de tomar conciencia de estas actuaciones inmorales de sus gobiernos para pedirles cuentas en el ejercicio de la corresponsabilidad democrática del voto.

A su vez, las grandes religiones de la humanidad, legitimadas por la razón, la historia y la cultura, deberían preguntarse a sí mismas cuáles han sido los vacíos y las lagunas de atención que han dado lugar al brote de esta religiosidad alternativa, muchas veces plagada de excentricidades y de absurdos, cuando no de peligro destructivo –sectas destructivas–. De hecho, El Concilio Vaticano II<sup>3</sup> sostiene que los cristianos han tenido responsabilidad en la génesis del ateísmo, en el sentido de que han podido ocultar o emborronar el auténtico rostro de Dios, descuidando la educación religiosa, exponiendo inadecuadamente la fe cristiana o dando el mal ejemplo de los defectos de su vida religiosa y moral. Esta advertencia conciliar valdría, igualmente para el caso de la religiosidad alternativa. Parece seguro que los vacíos, los silencios y las lagunas que la atención espiritual y pastoral de las religiones han ido dejando en ambientes en los que ellas son mayoritarias, han contribuido a que las personas sientan tal insatisfacción que las ha llevado a caer en las redes de alguna de estas ofertas de religiosidad alternativa. Con el problema ya anunciado de que muchas de ellas son, ciertamente, peligrosas para la salud física, psíquica, moral y espiritual de quienes se ven atrapados en ellas.

Ninguna tradición religiosa puede sentirse dispensada de un permanente ejercicio de purificación de sus estructuras, de la actualización de sus acciones pedagógicas y pastorales, ni de la búsqueda de la autenticidad en la actitud y la intención religiosa de sus miembros. La existencia profética dentro de las religiones, como vocación específica concedida a determinados hombres elegidos por la divinidad, es un claro exponente de esta necesidad. La crítica externa de la religión tampoco es despreciable «a priori». Ha señalado elementos de posibles desviaciones y perversiones ocultas por una cierta ceguera interior, y no pocas veces ha coincidido con la denuncia profética interna. Desearía que este artículo ayudara a descubrir algo positivo de lo cual todos podamos aprender. Aunque sólo fuese esa necesidad de continua purificación a que debe someterse el espíritu humano para poder adorar a Dios «en espíritu y verdad».

---

<sup>3</sup> Cf. GS 2.

En este contexto, es conveniente examinar las condiciones objetivas y las actitudes personales y comunitarias susceptibles de ser revisadas para que el hombre actual, que anhela el contacto con lo sagrado, pueda percibir que el mensaje religioso cristiano y su ámbito fenomenológico, el cristianismo, es la mediación válida en la que puede encontrarse con Dios, y recibir la salvación y la plenitud de su humanidad. Para conseguir que el mensaje de la religión cristiana sea oído por los hombres de esta época, es preciso encontrar el camino que conduce a su centro personal, allí donde las personas se perciben en su humanidad indigente y donde, por consiguiente, pueden sentirse impactadas por este mensaje que aporta la cercanía de Dios, Misterio que acercándose a la vida humana respeta y potencia la fundamental humanidad de la persona, individuo y comunidad. A modo de síntesis brindo algunas orientaciones generales para la pedagogía de la fe y la pastoral en relación específica con este fenómeno de la religiosidad alternativa<sup>4</sup>.

### *Cercanía y comprensión*

Ante la presencia de fenómenos de ocultismo o religiosidad alternativa no es conveniente dramatizar las cosas de entrada. Tampoco hay que mostrarse desinteresado por el tema como si careciese de importancia. Habrá que advertirlo así a padres, educadores y a los propios sujetos implicados. La reacción pedagógica acertada es prestarles el debido interés, haciendo ver que se trata de un tema importante y delicado, que incluso puede constituir un problema. Esto es, abordar el asunto desde una actitud de diálogo, con serenidad y normalidad. No es en absoluto conveniente despertar la atracción hacia lo que se intuye como «mórbido», prohibido, quizás gratificante para determinadas etapas de la vida adolescente y juvenil, en cuanto meramente experimentable. Su carácter de «experiencia» directa, relativamente fácil y posible sin demasiadas complicaciones, al menos el los comienzos, el clima de secreta y cálida complicidad con personas o grupos, lo atractivo del acceso a un «conocimiento secreto», el ambiente de misterio, y otros factores, pueden inducir a dar un primer paso<sup>5</sup>.

Es muy importante, cuando una persona está en proceso de acercamiento al mundo del ocultismo o de la religiosidad alternativa, mantener gran cercanía a ella y medir bien todos los pasos a dar con tal de no perder su confianza. Las precipi-

---

<sup>4</sup> Cf. J. L. SÁNCHEZ NOGALES, *o. c.*, 577-626, específicamente a partir de la pág. 620. Cf. asimismo, L. SORAVITO, *Risveglio religioso e ritorno al sacro. Criteri per una lettura critico-positiva. Istanze pastorali che ne derivano*: *Crede Oggi* 61 1 (1991) 107-112; J. GARRALÓN, *La pastoral juvenil ante el reto de la «nueva religiosidad» y las sectas*: *Misión Joven* 195 (1993) 28-32; A. SALVATIERRA, *Las sectas, desafío a la nueva evangelización*: *Surge* 531-532 (1992) 39-43; E. FIZZOTTI, *Nuova religiosità e "bisogni" psicologici: Sette e Religioni* 2 (1991) 302-317. J. DIUMENJÓ, *El Dios cristiano entre el hombre moderno y el hombre postmoderno*: *Estudios Franciscanos* 94 (1993) 287.

<sup>5</sup> Cf. M. KEHL, *«Nueva Era» frente al Cristianismo*, Barcelona 1990, 146-148.

taciones e impaciencias en lograr un resultado plenamente satisfactorio para el pedagogo o acompañante, pueden dar lugar a una pérdida de confianza por parte del sujeto afectado. Y, con ello, se producirá una interrupción de la comunicación y se llegará a la posible ruptura de lazos pedagógicos e incluso afectivos, lo cual hará mucho más vulnerable al sujeto frente al atractivo del mundo que se le ofrece. No debe intentarse una acción que implique el ejercicio de una cierta fuerza coactiva de carácter afectivo-moral –pero en ningún caso quebrantadora de la libertad de conciencia– si no se tiene la plena convicción de que los ideales morales del sujeto y los lazos del afecto desde los que se realiza ese relativo «forcejeo» son tan fuertes que inclinarán la balanza claramente a favor de una posición de sana normalidad. Pues en caso de fracaso, se podrían romper referencias éticas y lazos emocionales que es muy conveniente que se mantengan siempre en el mejor estado posible en orden a futuras actuaciones de recuperación.

Parece conveniente que se vaya creando en los ambientes eclesiales y pedagógicos en general la conciencia de que es oportuno relanzar una pedagogía y una pastoral muy directas, de persona a persona, de acompañamiento cercano y solícito ante los problemas de la vida. Es importante escuchar ampliamente a las personas en su necesidad de expresarse y de comunicarse, vislumbrar las angustias personales, familiares, laborales, etc., que pueden estar oprimiendo su vida. Si las personas se sienten desatendidas, minusvaloradas o maltratadas en su ambiente natural, en la familia, en la escuela o en la comunidad religiosa a la que pertenecen, entonces pueden desplazarse hacia zonas más cálidas y oscuras, hacia lo que llamamos «la sombra» que acompaña a la experiencia religiosa y que se revela en zonas marginales, fronterizas o patológicas, de las grandes religiones mundiales, incluso en lo que se llama técnicamente sus heterodoxias. Las sectas, el ocultismo, el esoterismo, la nueva religiosidad, la adivinación, los ensalmos, los sincretismos de carácter espiritista, los mil modos de santonería y curanderismo, etc., se mueven en esa zona de sombra que las grandes religiones van arrastrando tras de sí en su camino histórico. Son, sobre todo, las personas que no encuentran acogida en momentos de dificultad, por parte de su comunidad religiosa natural, las que fácilmente se pueden deslizar hacia esa zona oscura.

La facilidad para el deslizamiento encuentra su explicación en que esa zona de sombra guarda cierta homogeneidad e incluso parentesco con la zona que podríamos llamar luminosa, la que corresponde a la dimensión legítima y auténtica de su propia tradición o corriente religiosa. En efecto, no es difícil para personas en situaciones de angustia dejarse arrastrar hacia ciertas prácticas de curanderismo que se desarrollan en un ambiente que conserva muchos de los rasgos que le eran ya familiares en su comunidad religiosa: abundancia de imágenes, ritos religiosos, oraciones, acciones de carácter simbólico-eficaz, etc. Entiéndase lo mismo de quienes se deslizan hacia sombras del tipo del logro de la armonía y la paz interior, el desarrollo de los potenciales humanos, la liberación de pretendidas energías inconscientes negativas, etc., mediante la realización de psicodramas, sesiones de meditación, pensamientos positivos, danzas de carácter ritual, contemplación de

símbolos icónicos, etc. En la sombra de la religión permanecen, oscurecidos, muchos elementos que son homogéneos, en su apariencia al menos, con respecto a los que existen en la zona legítima o auténtica de la religión.

En esta pedagogía directa hay que entender que un factor que puede empujar hacia esa zona sombría es la falta de atención y de acogida en momentos en los que la persona se encuentra desvalida, desorientada, enferma o herida, en el sentido biológico, psicológico, moral o espiritual. Se trata de momentos vitales en los cuales la persona se experimenta vacía, como careciendo de energía, de ánimo, de metas e incluso de sentido. En la vieja y cansada Europa, esta pedagogía y pastoral directas tienen que aplicar lo que podría denominarse una «teología europea de la liberación»<sup>6</sup>. Europa no padece hoy, hablando en términos generales, necesidad material o penuria económica, sino vacío de sentido, cansancio moral y alienación espiritual. Por esta razón, esta teología tendría que ser un instrumento pedagógico y pastoral que contribuya a liberar a Europa de la pobreza y del vacío espiritual que llevan a tantos de sus ciudadanos a la esclavitud y a la dependencia de doctrinas, grupos, redes, sombras.

#### *Diálogo, testimonio y experiencia*

Otra dimensión de esta pedagogía y pastoral directas sería el testimonio de una auténtica experiencia religiosa desde el cristianismo. Una pedagogía que tiene como lenguaje propio el del «testimonio». Este lenguaje se identifica con la persona que habla, con su hondura humana y religiosa. En su testimonio, la persona se expresa a sí misma, lo que es, lo que siente, lo que goza y sufre y, casi siempre, la esperanza de lo que ama y anhela ser. El carácter testimonial le da a la palabra una seriedad que se apoya firmemente en el convencimiento grave de lo que expresa, y toma en serio el hecho de decirlo al otro<sup>7</sup>. Al dar testimonio, el testigo irrumpe hacia el oyente. Sus palabras son una donación que quiere llegar hasta el otro afectándole. Pero, puesto que el testimonio es una palabra sincera y seria que procede de la hondura de quien la pronuncia, sólo actualiza su eficacia cuando toca la hondura de quien la escucha. No testimonia quien meramente recita un dictado, cualquiera que sea su origen, sin que la palabra pase por su corazón y lo «toque». No puede afectar a otro quien, no se siente impactado y afectado por el mensaje que testimonia. El testimonio de la experiencia religiosa cristiana solo puede hacerse desde una vida profundamente impactada por la vida, palabras y obras de Jesucristo.

Será saludable entablar un diálogo «terapéutico»<sup>8</sup> con la actual cultura y con las personas que viven inmersas en ella. El modelo de todo diálogo terapéutico es el

---

<sup>6</sup> Cf. M. FUSS, «New Age»: el supermercado espiritual: *Communio* 3 (1991) 235.

<sup>7</sup> Cf. B. WELTE, *¿Qué es creer?*, Barcelona 1984, 67-70.

<sup>8</sup> Cf. M. FUSS, *Il fenomeno della nuova religiosità in Europa. Una sfida pastorale: Sette e Religioni* 6 (1992) 309-310.

de Jesús con la Samaritana. El comienzo del diálogo no es ofrecer una mercancía, sino demandar con humildad, interrogar, preocuparse por lo que el otro en necesidad puede ofrecer. Es el «dame de beber» de Jesús, al comienzo del encuentro. Jesús sabía que es pidiendo con humildad, demandando con naturalidad, como se llega a despertar en aquél a quien se pide la conciencia de su pobreza, de lo poco y pobre que puede ofrecer. Y en esa conciencia de carencia es en donde el diálogo terapéutico puede sugerir el remedio curativo: puesto que la enfermedad es la carencia, el diálogo debe aportar el elemento de satisfacción de la misma. Junto al pozo de Sicar se comenzó hablando de dos niveles distintos de sed y de dos aguas de diverso origen y con capacidad saciante de diferente naturaleza. Pero en el desarrollo del diálogo uno de los niveles se convertía paulatinamente en símbolo del otro, el más profundo y vital. La maestría de la terapia estribaba en conducir el diálogo de modo que el nivel más inmediato remitiese progresivamente al más profundo, hasta llegar a la conciencia de que solo el agua que mana de lo alto, contenida en la palabra de Jesús sentado junto al pozo del agua terrena, podía apagar la sed más profunda. El poder curativo y sanante del diálogo de aquel Jesús terapeuta y taumaturgo con la mujer samaritana se despliega en toda su potencia. El agua terrena, sacada de abajo, tiene el valor de saciar la sed exterior y superficial del cuerpo. El agua de arriba, vertida en su palabra, muestra el poder de saciar la sed más honda del corazón. Pienso que de poco van a servir severos y graves discursos ante el mundo contemporáneo y su cultura, sobre todo, ante sus jóvenes. Toda acción pedagógica y pastoral eficaz en la cultura actual pasa por el diálogo<sup>9</sup>; y en la debilidad y enfermedad que revela esta cultura, por el diálogo terapéutico.

En relación, especialmente, con los jóvenes, lo apropiado sería relanzar una cultura religiosa vivencial y experiencial<sup>10</sup>. Potenciar la capacidad de evocar auténtica experiencia religiosa en celebraciones, enseñanza, encuentros, etc. El alma de niños y jóvenes queda, en muchas ocasiones, insatisfecha con las atenciones pastorales y pedagógicas que podríamos llamar de «mantenimiento». Conviene promocionar actividades que llenen los espacios vacíos de los niños y jóvenes. Un aspecto que no se debería minusvalorar es la promoción de las actividades lúdicas, recreativas, de convivencia y encuentro humano-religioso desde las parroquias y centros de evangelización y de educación, de modo que las personas puedan vislumbrar con paz y alegría diversas vías de compromiso cristiano al hilo de la calidez de la acogida.

Hemos asistido, en los últimos veinticinco años a un progresivo envejecimiento de la «población cultural». Designo con este nombre al sector de creyentes que observan una práctica religiosa regular y que, se mire como se mire, es el sector

---

<sup>9</sup> Cf. acerca del «carácter dialógico de la teología» A. JIMÉNEZ ORTIZ, *Por los caminos de la increencia. La fe en diálogo*, CCS, Madrid 1993, 25-28; y, en referencia al «diálogo con la nueva religiosidad», 145-149.

<sup>10</sup> Cf. J. GARRALÓN, *La pastoral juvenil ante el reto de la «nueva religiosidad» y las sectas: Misión Joven 195 (1993)28-32.*

sobre el cual termina recayendo casi toda la acción pastoral más directamente espiritual y religiosa de las iglesias. Esa población cultural absorbe un alto porcentaje de las energías pastorales de un clero también envejecido. El resultado es lo que podríamos llamar una pastoral de mantenimiento para personas que ya tienen una estructura experiencial muy marcada por la pasividad y el protagonismo masivo del clero. Cuando esta tendencia es descubierta y se comienzan a poner los medios para un mayor protagonismo religioso y espiritual de esa población seglar, ocurre que el segmento más cercano a las estructuras pedagógicas y pastorales de las iglesias estaba ya muy envejecido. Su labor generosa y eficaz nunca será suficientemente reconocida. Pero, como revés, el resultado ha sido el de una masiva afluencia de seculares en la tercera edad –los mismos que en su juventud se habían formado en la antigua Acción Católica, Cursillos de Cristiandad u otros movimientos– como colaboradores más directos en los diversos frentes de acción pastoral de las parroquias y demás estructuras pastorales. La impresión que se tiene es que los jóvenes están ausentes, no solo de cultos y actos litúrgicos, sino también del protagonismo de la acción pastoral; hablando siempre en términos generales y salvadas las excepciones muchas veces debidas a carismas muy especiales.

Las estructuras pastorales siguen, pues, desplegando una acción fundamentalmente de mantenimiento. La cultura religiosa y la vivencia espiritual mayoritaria, consecuentemente, es de receptividad y pasividad. Los jóvenes sienten que carecen de lugar y oportunidad para protagonizar su propia historia espiritual y religiosa. Se sospechan aspirantes a ser meros receptores pasivos de una acción que ven desarrollada por personas mayores y dirigida a mayores. Muchos de ellos, en muy poco tiempo, comienzan a experimentar el cansancio cuando afrontan la dimensión espiritual y religiosa de su vida. Tienen la sensación de que las iglesias –sus cultos y su actividad pastoral– abarcan un segmento de edad en el que ellos aparecen como extraños, como fuera de lugar. Salvadas siempre las excepciones, contemplar una asamblea litúrgica es, por días, contemplar un sector de edad cuya media oscila de los cincuenta años hacia arriba. Ver aparecer en las filas de la comunión algunos jóvenes, constituye en sí ya un elemento casi exótico que va tomando visos de normalidad. Lo mismo ocurre en otros actos de índole religiosa que no estén dirigidos específicamente a ellos, a los jóvenes, o no estén adornados con algún elemento no específicamente religioso que les preste un determinado atractivo, como es el caso de ciertas manifestaciones de religiosidad popular, en las cuales es menor la «presión institucional». Esto tiene una especial incidencia en los medios urbanos aunque no deja de afectar cada vez más a poblaciones menores. Sin caer en la exaltación de los valores juveniles, un rejuvenecimiento de los agentes educativos y de pastoral en las comunidades parece más que necesario, condición indispensable para que los jóvenes encuentren su lugar, en cuanto participantes y en cuanto responsables directos.

Pero hay que contar con el hecho de que el sector más joven de nuestra sociedad ha constituido la experiencia en norma normante de aquello que tiene valor y merece la pena. La experiencia que es válida para este sector no es la que

ya se le proporciona hecha e inventariada, sino aquella que implica un camino que va pasando a través de la realidad y que induce, en quien realiza la experiencia, la convicción de ser sujeto de experiencia, de estar protagonizando su propia experiencia. Escasamente va servir que se martillee a los pocos jóvenes que asisten a los catecumenados y a las celebraciones culturales, o a los más numerosos que asisten regularmente a las clases de educación religiosa escolar, con las verdades de la fe y se les explique repetitivamente que son verdades salvíficas y muy importantes para su vida. Si no se les procura un espacio de experiencia viva, y no sienten ellos en qué les afecta lo que se les está transmitiendo, predicando o enseñando, es tiempo casi siempre perdido. Los receptores cognoscitivos racionales han dejado de tener la primacía en esta cultura. Se acepta aquello que es experimentado como vida, potenciación, ensanchamiento, horizonte, libertad, aunque el molde conceptual no sea racionalmente perfecto. Y una comunicación teológicamente coherente y racionalmente válida no será atendida si no es percibida como experiencia viva, que hace vivir, ayuda a vivir, impulsa a vivir. La desesperación de muchos educadores y predicadores encontraría cierta mitigación si llegaran a comprender esto.

### *Kerigma y parénesis*

Parece conveniente recrear un lenguaje kerigmático, en la predicación y en la acción educativa. Para poder proclamar al hombre de hoy el mensaje liberador del cristianismo y entablar un diálogo terapéutico con esta cultura. Darle al discurso pedagógico, homilía, clase, charla, celebración, etc., un tono de «apertura al futuro» y de conexión con las necesidades humanas más fundamentales, especialmente la necesidad de sentido para la vida y las propias acciones. La crítica de la religión empujó a la predicación y al discurso teológico y religioso a utilizar como vehículo de comunicación un lenguaje revestido de cierto racionalismo formal, para estar a la altura del discurso racional de la crítica. Pero la acción pastoral y la predicación siguen vehiculando frecuentemente sus contenidos a través de ese lenguaje formalmente racionalizado por la teología neoescolástica. Este lenguaje es más apto para conservar y transmitir con precisión contenidos de tipo conceptual que son necesarios en la transmisión de la fe. Cumple así este lenguaje su decisiva función. Pero no es afortunado a la hora de «tocar» la dimensión más profunda de la persona y de suscitar experiencia. El lenguaje kerigmático, por el contrario, no aspira a transmitir tanto contenidos conceptuales cuanto a hacer presente en la palabra la fuerza de un espíritu capaz de impactar al espíritu. El lenguaje kerigmático actualiza la vivencia de fe que testimonia y la hace eficaz en el momento presente y para las personas y la comunidad en cuyo seno brota ese lenguaje.

El lenguaje kerigmático, en cuanto actualización de una experiencia viva, debe ser al mismo tiempo, parenético. Debe «tocar» el corazón y mover la voluntad a colaborar con la experiencia de salvación que el kerigma transmite. Si el lenguaje kerigmático requiere una «autoridad martirial» en el predicador, es decir la

autoridad de un testigo, de alguien que se identifica vitalmente con la buena noticia que anuncia y cuyo espíritu se actualiza, el lenguaje parenético requiere asimismo la «autoridad parenética», la cual se adquiere con la ejemplaridad de la vida del testigo y el esfuerzo por su diaria fidelidad al mensaje que testimonia. Es así como este mensaje puede ser percibido como liberador, curativo, salvífico. La finalidad última es llegar a «tocar» la profundidad de la persona, de ahí que la autoridad parenética requiera también el cultivo y el dominio de la lengua. En muchas ocasiones no es ciertamente constructivo escuchar el discurso de maestros, educadores y predicadores. La impresión de una grave carencia de recursos lingüísticos y expresivos se ve correspondida por la sensación de decepción y «extrañeza» de quienes escuchan. Kerigma y parénesis deben andar muy de la mano en el lenguaje religioso.

La bellísima parábola llamada del «buen samaritano»<sup>11</sup>, contiene bien definidas esa autoridad kerigmática y parenética. De ahí que hoy se comience a poner de relieve la necesaria dimensión samaritana de las comunidades cristianas. El cuadro de la parábola se abre con un hombre, tipo de la humanidad, herido por la negatividad de la vida, fácticamente representada por la violencia egoísta de otros hombres que, faltando al deber sagrado de la «proximidad», le ultrajaron, le hirieron y le arrojaron al borde del camino. Malparada queda en la escena la institución religiosa, representada en el sacerdote y el levita, que no quiere enfrentarse con la negatividad del dolor del prójimo y prefiere continuar un camino de pura positividad cultural, olvidada del sufrimiento del semejante, rodeando aquella negatividad y alejando su camino del herido. ¿Fue la venerable excusa de la observancia estricta de la pureza ritual la pantalla reverente que ocultó a sus ojos el dolor del herido y «medio muerto»? La expresión de S. Lucas es dura: rodearon el dolor de aquél al que la violencia había dejado «medio muerto». A sus ojos fue preferida la incontaminación ritual a padecer el riesgo de una mancha por acercarse a la vida dolorida del semejante. Sin embargo, el samaritano, un hombre no judío pero profundamente religioso, sintió compasión. El evangelio dice que se «conmovió» en sus entrañas y fue movido a fraternidad compasiva y misericordiosa. Evangelizar el sentido de la fraternidad del amor compasivo es una de las metas urgentes de la experiencia de Dios en las comunidades cristianas. La secuencia de este movimiento de fraternidad samaritana de Dios en Cristo se podría articular en la siguiente serie de «conmociones», siguiendo la estructura narrativa de la parábola misma:

1. No rodear la negatividad, el dolor del prójimo, sino hacer pasar el propio camino por él, sin escudarse detrás de urgencias culturales, tan necesarias e importantes, pero que no deben mermar la eficacia caritativa de la acción creyente.
2. Moverse a compasión y misericordia fraternal ante su desgracia, que es la desgracia de toda la humanidad, no sólo en sentido paralelo, sino en cuanto la

---

<sup>11</sup> Lc 10,30-32.

desgracia puede tocar a cualquier ser humano, a mí mismo, en cualquier momento de modo directo, y en cuanto ya «toca» y duele en el herido.

3. Curar las heridas con el bálsamo del amor fraternal y recurriendo a los medios que puedan tener la mayor eficacia posible en cada momento y circunstancia.

4. Ayudarle a caminar, a soportar el peso de su propia vida herida y sufriente, con el gesto de prestarle su propia cabalgadura, caminando él a pie a su lado.

5. Proporcionarle amparo y cobijo, en el gesto de llevarlo al mesón o posada.

6. Hacerse responsable de la vida de su prójimo-hermano, pagando la cuenta de la posada y haciéndose cargo de la situación y de los posibles gastos materiales que aquella vida dolorida pudiese ocasionar.

Hay un contenido teológico profundo como meditación para las comunidades cristianas, acerca de la autoridad kerigmática y parenética, contenida en esta imagen del samaritano, cuando se disponen a entrar en el tercer milenio con una mentalidad de nueva evangelización para el primer mundo secularizado y herido por la ausencia de Dios. En una situación humana que pone de relieve con harta frecuencia la faz del absurdo, existen algunas cosas que tienen sentido. Esta parábola encarnada en la vida de Jesús tiene sentido. Un sentido que apunta a lo eterno. Ciertamente se trata aquí de un relato sencillo y pequeño. Los fenómenos temporales del amor y de la fidelidad, de la disponibilidad a ayudar al prójimo y del empeño por la justicia y la libertad, pronto al sacrificio, son fenómenos fugaces y pasajeros. Pero en esa fugacidad resplandece algo inolvidable, algo que se opone a todo olvido y a toda caducidad. También en las imágenes sencillas de la parábola resplandece un poder que se resiste al olvido y a la muerte. La sensibilidad espiritual advierte que en este gesto del samaritano brilla algo eternamente precioso; y la dimensión más profunda del hombre sabe que el brillo de este gesto de fraternidad no dejará nunca de ser precioso y eternamente inolvidable aunque la fugacidad de la imagen literaria pase pronto, e incluso aunque los hombres, mortales, olvidasen pronto la «autoridad» y la belleza de este gesto compasivo del samaritano, del Cristo samaritano.

### *Lo «último» es importante*

Específicamente, en relación con los contenidos del mensaje religioso, no deberían dejarse pasar a segundo plano los temas de la escatología, de las «últimas cosas» y de la muerte, en la acción catequética, la predicación y la educación religiosa escolar. La represión sobre estos temas es negativa, pues terminan produciéndose recuperaciones de lo reprimido de forma salvaje, incontrolada. Convendría evitar, por otra parte, las descripciones demasiado concretas de lo que, por definición, cae del lado del «más allá». Por eso parece adecuado acentuar el «ser de otro modo» de la muerte y de los muertos. Ante las apariciones de difuntos, los encuentros con el más allá y la comunicación con «la otra dimensión», lo adecuado es afirmar que no hay tránsito inmediato entre el más allá y el más acá.

Todo «más allá» que, de algún modo pueda ser obligado por el hombre a comparecer en el «más acá», no es verdaderamente «otro» y pierde mucho de su seriedad. Lo acertado es educar para una relación entre ambos horizontes que se da en la fe, la esperanza y el amor. Esta relación mediada por la fe adquiere en el cristianismo el carácter de «comunión de los santos», por la cual no se interrumpe la relación de amor entre aquellos bautizados que se durmieron en el Señor y los que aún continúan su peregrinación histórica. No se trata de una comunión que busque satisfacer meras curiosidades o rellenar a toda costa necesidades de tipo psicológico, carencias, o ansias de dominio, sino de una mutua participación en los bienes espirituales que permite seguir amando efectivamente: orando y recordando quienes están aún en la historia; intercediendo quienes están ya, dormidos en el Señor, aguardando la hora definitiva de presentarse como comunidad solidaria en la presencia de Dios.

Pero siempre conviene insistir en que el más allá está substraído, como lo está Dios, a todo poder mágico del hombre. Y es necesario hacer ver la mentalidad mágica, que pretende dominar lo divino y el más allá, que subyace a muchos movimientos de religión alternativa conectados con un estilo general espiritista que hoy puede camuflarse con el nombre de «channeling» (canalismo). La comunicación con pretendidas fuerzas ocultas, especialmente la de los llamados por el espiritismo «espíritus descarnados» ha conducido muchas veces al fraude grosero. Algunos de los fenómenos que se producen en las sesiones de contacto no encuentran aún una explicación satisfactoria ajustada al mundo de las leyes de las ciencias naturales y psicológicas. Es pertinente insistir, al dar cuenta de ellos, en las explicaciones que parten de la psicología dejando un margen a lo desconocido, a lo no encuadrable dentro de los actuales parámetros del conocimiento humano.

No se debe olvidar que en el impulso hacia las comunicaciones espiritistas y canalistas late un secreto deseo de dominio: dominar lo que está más allá. Para ello es preciso traerlo más acá, dado que el «viaje al más allá» no se ve tan fácil. La literatura que hablaba de viajes más allá del umbral de la muerte está en grave descrédito después de las últimas declaraciones de R. Moody advirtiendo de que su éxito editorial se basaba fundamentalmente en una exageración impuesta por sus editores. Éste es el autor del «best-seller» *Vida después de la vida*, una de las personas que más dinero han ganado a costa de los relatos de quienes sentían una compulsiva necesidad de contar su experiencia en el umbral de la muerte. El otro sistema, traer el «más allá» hacia acá, todavía no está tan desacreditado. Quizás porque lo más difícil, hacer entrar en la historia a un espíritu, encontró una vía media que lo hizo verosímil a los ojos de muchos. Los espíritus encarnados podrían comunicarse con los no tan descarnados, pues, en el fondo, el famoso «periespíritu» que envuelve a estos espíritus y los mantiene en su forma humana individual, no es sino un cuerpo sutil. Los propios espiritistas le llaman cuerpo astral, cuerpo de deseo o cuerpo etéreo. Era una manera fina de materializar el espíritu sin llamar demasiado la atención. Y de hecho, en el propio lenguaje espiritista, las formaciones ectoplásmicas o fantasmales de algún presunto espíritu

a través de un determinado fluido procedente de alguna parte del cuerpo del médium se llaman «materializaciones». O sea, que el espiritismo, en el fondo, no respeta la diferente calidad de ser de los espíritus, sino que, para poder entrar en contacto con ellos, los «materializa». Por eso, no es en absoluto inútil en la pedagogía respecto de estos temas el hacer ver que los pretendidos espíritus llamados «descarnados» no lo son tanto, por lo menos no tan descarnados.

La escatología cristiana, por el contrario, se fundamenta en los textos de la Sagrada Escritura, la tradición, las decisiones interpretativas y aclaratorias del magisterio de la Iglesia y la reflexión de los teólogos. La Sagrada Escritura y la primera tradición eclesial describe todos los acontecimientos últimos sobre el hombre con un lenguaje simbólico riquísimo, de fuerte componente apocalíptica, que ha sido recibido con excesiva literalidad en la predicación y la catequesis de la Iglesia en algunas épocas y que se ha exacerbado en la predicación de los sectarismos milenaristas.

La reflexión teológica católica actual, fiel al espíritu de la Sagrada Escritura y la tradición y bajo la guía del magisterio eclesiástico ha llegado a formular una exposición de todo lo referente a los últimos acontecimientos que han de sobrevenir al hombre. El punto de partida es la primacía de Cristo sobre la muerte. La fe cristiana confiesa que la muerte es el último enemigo que ha de ser vencido<sup>12</sup>. Lo ha sido por adelantado en Jesucristo. Lo será en nosotros. La muerte no es ya algo ante lo que el hombre carece de recurso. La muerte ha sido invadida en silencio por Cristo resucitado. Ahora, desde ese silencio actual para el hombre, la última palabra que ha de ser pronunciada sobre su vida no es la palabra de la nada, sino la palabra de Jesucristo que vive resucitado, silencioso tras el velo de la muerte. Y la palabra de Cristo, el Hijo de Dios, hacia el hombre es siempre una palabra de vida y de esperanza. Morir es, para el creyente, encontrarse con Cristo resucitado. El hombre creyente que muere es consciente de que no va hacia el abismo de la nada, hacia la aniquilación, es consciente de que cae hacia Dios, hacia la vida. A través del velo oscuro de la muerte, el creyente cristiano entra en el regazo del Cristo resucitado. En ese regazo somos salvados de la muerte aunque aún no seamos inmediatamente resucitados en nuestros cuerpos. Esperamos ser resucitados todos juntos, como expresión de la solidaridad fundamental del género humano ante Dios, en la resurrección al final de la historia.

Nuestro cuerpo, entretanto, sigue todavía vinculado a este mundo: vuelve temporalmente al polvo del que surgió. Este estado intermedio del alma, que no siendo la tierra no es todavía la consumación de la gloria, es llamado tradicionalmente por la fe de la Iglesia purgatorio. Es como una prolongación de la práctica penitencial de la Iglesia más allá del umbral de la muerte. En este estado intermedio se abre para el alma creyente la posibilidad de descubrir el amor incondicional de Dios y la oportunidad de llorar sus infidelidades a ese amor, la pesadumbre de

---

<sup>12</sup> Cf. 1Cor 15,26.

no haber amado con totalidad a Aquel que nos amó desde siempre. Oportunidad para una apertura del alma, en arrepentimiento tardío aunque completo, al amor de Dios manifestado en Jesucristo. La fe cristiana llama cielo al encuentro definitivo con Dios. Se trata del triunfo del amor redentor, medicinal, curativo, de Cristo. Muchos símbolos sencillos lo representan en la S. Escritura: una mesa abierta a los comensales, una casa acogedora, una ciudad, un corazón liberado de las lágrimas vertidas en su condición histórica.

Y ¿donde ubicar el estado llamado infierno? No cabe duda de que la propuesta y la oferta del Señor es el Reino de Dios. Pero la negativa humana es posible desde la libertad. Es posible que, por esa negativa ante el amor de Dios, el hombre abra para sí mismo la contradicción absoluta al Reino de Dios. Esa situación de contradicción absoluta al Reino es lo que llamamos infierno. Dios pone todo de su parte para que esa posibilidad quede excluida de una vida humana, deteniéndose siempre ante la libertad del hombre. El infierno es así una realidad dolorosa para el mismo Dios<sup>13</sup>. Pero el panorama que predomina en la fe y la predicación de la fe es optimista y positivo. Está expresado por el concilio Vaticano II:

«El enigma de la condición humana alcanza su cumbre más alta en presencia de la muerte. No sólo tortura al hombre el dolor y la progresiva disolución de su cuerpo, sino también, y mucho más, el temor de un definitivo aniquilamiento. Piensa, por consiguiente, muy bien cuando, guiado por un instinto de su corazón, detesta y rechaza la hipótesis de una total ruina y de una definitiva desaparición de su personalidad (...) Mientras toda imaginación fracasa frente a la muerte, la Iglesia, enseñada por la divina revelación, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz, que sobrepasa las fronteras de la miseria terrestre»<sup>14</sup>.

Es esta predicación escatológica esperanzada de la Iglesia, que aguarda con alegría la venida del Salvador, sin saber ni el día ni la hora<sup>15</sup>, la que debería acentuarse en la catequesis, la predicación y la educación religiosa, frente a los milenarismos aferrados a un literalismo fundamentalista. Y también frente a las lecturas espiritistas y curanderistas que se atribuyen una injusta capacidad de dominio sobre el «más allá» e incluso sobre lo divino. Se debería revisar por qué esta predicación escatológica esperanzada del cristianismo encuentra dificultades para llegar a los oídos de nuestros contemporáneos, abiertos, en muchas ocasiones, para las narraciones milenaristas y espiritistas que son fuente de trastornos y angustias para tantas personas en nuestra época.

#### *Desde la educación de la fe*

Desde la catequesis, la educación religiosa escolar y un proyecto educativo que tenga en cuenta los valores cristianos o, al menos, unos mínimos valores religiosos

---

<sup>13</sup> Cf. a este respecto de la escatología, G. MARTELET, *Postrimerías*, en: P. POUPARD, *Diccionario de las religiones*, Herder, Barcelona 1987, 1424-1429.

<sup>14</sup> GS 18.

<sup>15</sup> Cf. Mt 24,36; Mc 13,22.

y humanos, se podría actuar en varias direcciones. Preparar al educando para asumir su compromiso de mejoramiento de las estructuras sociales. La normal inserción sociocomunitaria es una garantía de que los educandos conectan con los niveles normales de formación, información, valores morales, posibilidades de desarrollo, etc., dentro de la comunidad. A mayor integración menor necesidad de deslizarse hacia experiencias marginales, hacia las sombras.

Ayudarles a formarse una conciencia crítica, imbuida de la propia dignidad humana, frente a los asaltos de la manipulación reductora del hombre. Los sujetos más conscientes de su dignidad como seres humanos, y de la de sus semejantes, estarán más inclinados a dar oídos a una propuesta de valores religiosos y morales que potencien esa dignidad y ayuden al hombre a conseguir mayores cotas de libertad, de bienestar y de equilibrio. Y menos a entregarse a ideologías, doctrinas y prácticas que tienen como objeto la simple satisfacción de necesidades psíquicas, la realización de deseos de poder y dominio, o la consolación por vías marginales en situaciones dramáticas, dolorosas y aun trágicas. La conciencia crítica ayuda al sujeto a mantenerse en conexión permanente con la realidad y a no ceder a la fácil credulidad que le seduce desde el principio del placer: creer tal cosa porque me es gratificante o satisface esta actual necesidad mía concreta. La conciencia crítica ayuda al sujeto a discernir ante realidades de dudoso perfil y a tomar las decisiones adecuadas ante ellas.

Acompañar la formación de un carácter imbuido de un sentido positivo y esperanzado ante los problemas de la existencia humana personal, comunitaria y social. Mantener una actitud de esperanza, de optimismo, ante las situaciones de dificultad es un «seguro contra sombras». Las personas que saben enfrentarse a los problemas que van surgiendo en su vida desde una actitud positiva y partiendo siempre de una posición realista, difícilmente son presa de movimientos de religiosidad alternativa o de otras formaciones pseudorreligiosas. No necesitan deslizarse hacia otras zonas de experiencia, puesto que en la zona en que se encuentran poseen los recursos de carácter y de actitud vital general necesarios y suficientes para dar salida positiva y esperanzada a las situaciones de dificultad por las cuales atraviesan: personales, familiares, laborales, sociales, religiosas.

Educar para la convivencia con los semejantes. Formación para la relación fraterna, pacífica, comunitaria, en libertad y democracia. Esta formación facilita la integración social y comunitaria de los niños, adolescentes y jóvenes. Aprenden a relacionarse con los semejantes desde la aceptación de las limitaciones propias y ajenas. Y terminan sabiendo conducir sus relaciones de forma armónica y equilibrada, buscando salidas pacíficas para los inevitables conflictos de diverso nivel, sabiendo evaluar a sus semejantes en su pequeñez y en su grandeza. Las personas que se integran bien en un sistema de relaciones personales, familiares, comunitarias, educativas, laborales, sociales, religiosas, etc., tienen muchas más posibilidades de encontrar recursos frente a la tentación de deslizamiento hacia las sombras y los márgenes, hacia sectores no integrados o menos integrados en la convivencia. De ahí la importancia de contemplar en los programas catequéticos y escolares,

específicamente en los de enseñanza religiosa, la educación en los valores de la solidaridad, la tolerancia y el respeto entre los seres humanos por encima de otras peculiaridades, en el sentido de la libertad del hombre, de la justicia y de la democracia.

Formar actitudes humanas y cristianas frente a fenómenos tan graves como: la pobreza y el hambre de amplias capas de población; el analfabetismo y la incultura; la explotación de hombres y pueblos; la agresividad, la intolerancia, el racismo, la xenofobia y la falta de respeto a las minorías; el fenómeno de la droga, el suicidio juvenil y el sectarismo incontrolado; los gravísimos problemas del aborto, la eutanasia y demás formas de agresión contra la vida, como la guerra, la violencia institucional, el terrorismo de cualquier signo, la pena de muerte, etc. La concienciación sobre estos problemas desde una actitud positiva de cooperación y de participación para su superación y erradicación, proporciona al sujeto ideales de lucha pacífica, metas y horizontes que estimulan la adhesión a valores morales y religiosos vertebradores de la vida. Los ideales nobles de compromiso en favor de causas humanas justas son, además de algo necesario para la humanidad, un horizonte de posibilidades de realización humana que no permite vacíos existenciales en los que suelen anidar necesidades y carencias de valor y de sentido, que son las que empujan hacia esas zonas de satisfacción de necesidades que constituyen las sectas y movimientos pseudorreligiosos o pararreligiosos.

Muy especialmente, es importante educar en el sentido de apertura ante la Transcendencia. El «discurso sobre la apertura» debe subrayarse en una situación de postmodernidad y nueva religiosidad que ha condenado al hombre a vivir en el fragmento y en la inmanencia, resignado a la finitud. Situación que le lleva, a veces, a la recuperación de una cierta «transcendencia» a través del ocultismo, el esoterismo, la magia, y otras formas de «religiosidad» o pseudorreligiosidad. El sentido de la transcendencia de Dios se educa formando en el respeto a su alteridad: su absoluto ser de otro modo, su absoluto valor y dignidad por encima de todo lo humano y mundano que no permite ser controlado ni dominado por ningún tipo de manipulación idolátrica. Educar en este sentido de la transcendencia implica también evocar la experiencia de la propia finitud humana, de la defectividad del propio ser moral, que aspira a la perfección. Evocar la experiencia de la «voluntad de perfección» ínsita en la profundidad de la persona: esa medida secreta que nos deja insatisfechos con lo ya logrado y nos hace aspirar a más. En esta experiencia puede ubicarse el sentido de la transcendencia, no solo como alteridad, sino también como posibilidad de salvación. Dios no es sólo el que es absolutamente otro, sino el absolutamente bueno y perfecto que puede colmar definitivamente la voluntad de perfección que el hombre experimenta en su finitud.

Pero debería insistirse, asimismo, en que el trascendente es, al mismo tiempo, el compasivo, cercano a la pasión que es cada vida humana y capaz de padecerla en sí mismo. Y misericordioso. Misericordia resulta ser el atributo supremo de Dios en su amor salvador. Dios ama al hombre y no puede aceptar por ello su miseria ni resignarse a ella: su corazón se conmueve y viene en socorro y auxilio

del hombre. Cuando las personas entran en este movimiento del corazón de Dios adquieren la virtud de la misericordia como calidad de un corazón compasivo que comparte la desdicha del prójimo a fin de socorrerle. La compasión misericordiosa del Dios trascendente y cercano se expresa en la Sagrada Escritura con substantivos hebreos que hacen referencia al seno maternal, a las entrañas. La idea que subyace a estas expresiones bíblicas es que Dios siente el dolor del hombre con esa «moción» casi visceral con que la madre siente en sus entrañas la desgracia del hijo. Expresan la compasión en el sentido de emoción honda, como piedad nacida del apego y transida de afecto hacia el «miserable». Quieren significar la atención eficaz, bienhechora, la ternura, la cercanía hacia quien está en situación de debilidad. En el Nuevo Testamento, Jesús es presentado como descenso y encarnación de la misericordia de Dios que quiere salvar a todos. Pero hay tres sectores especiales en los que ejerce intensamente la compasión: los de los enfermos, los pecadores y los pobres. No pasa desapercibido el hecho de que la bienaventuranza de la misericordia se valora como la que tiene la forma más bella y perfecta en el orden lógico y literario: «Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia» (Mt,5,7). La lógica teológica afirma que la recompensa del corazón misericordioso consistirá, justamente, en ser tratado con misericordia, por su cercanía al «corazón» de Dios. La plasmación histórica de la cercanía compasiva y misericordiosa de Dios acontece mediante su voluntad eficaz de compartir la condición humana, débil y tantas veces dolorosa, en Jesucristo.

La grave responsabilidad de no atender adecuadamente la catequesis, de obstaculizar o no promover positivamente el derecho fundamental a la educación religiosa de los ciudadanos, según sus propias convicciones, solo se irá revelando cuando el avance de la desoladora ignorancia religiosa que está invadiendo nuestras sociedades vaya cuajando en fenómenos de pseudoreligiosidad incontrolada que den lugar a graves situaciones para individuos, familias y para la propia sociedad.

### *Historia espiritual y protagonismo del corazón*

En mi opinión, las comunidades necesitan potenciar la experiencia religiosa en todos sus niveles y para todas las personas. Iniciar en la práctica de la meditación cristiana, en las diversas formas de oración, la lectura de la Sagrada Escritura, etc.; propiciar un clima religioso atractivo y pacificador en las celebraciones, donde las personas encuentren a Dios ofreciendo respuesta salvífica a sus diversos problemas y donde haya una actitud verdaderamente participativa. Se debería revisar la «falta de alma», de auténtica intención o clima religioso que se da, a veces, en muchos de los ritos religiosos cristianos y provoca los vacíos espirituales que luego se intentan llenar en la nueva religiosidad y los fenómenos concomitantes. Las personas necesitan enfocar su vida espiritual, religiosa, con un sentido personal, total. Hay que ayudarles a conocerse a sí mismas como seres personales únicos, amados por Dios de forma personal y con su peculiar historia humana. Deberían percibir en la predicación cristiana el mensaje de que Dios ama sus

historias personales<sup>16</sup> en las que brilla la luz del don de la vida a pesar del dolor que suponen el error, el fracaso moral, el pecado como tragedia que destruye la propia vida, afecta dolorosamente al prójimo y desagrada a Dios. Dios, que sigue amando por encima del mal y hace brillar la luz en medio de la tiniebla.

Esta evocación de experiencia religiosa, específicamente cristiana, requiere un acompañamiento individualizado que no es posible sin el contagio del testimonio de otros miembros de las comunidades. Creer que bastan los actos de culto, la catequesis parroquial, la enseñanza religiosa o el catecumenado, para evocar experiencia religiosa es un error. Es necesario el contacto con la palabra y el sacramento a través de testigos vivos que acompañen la experiencia religiosa en su despertar y durante su crecimiento y desarrollo. Se ha creído durante mucho tiempo –aún muchos lo creen así– que la experiencia religiosa puede ser evocada y suscitada por una acción catequética meramente conceptual. Ha habido muchas quejas contra un estilo catequético que ponía el acento en evocar una experiencia antropológica a partir de la cual suscitar experiencia religiosa. No faltan voces que reclaman una restauración de aquella catequesis conceptual, aprendida por el sistema de preguntas y respuestas. Son las de aquellos que confunden experiencia con mero conocimiento memorístico o conceptual. Creo que la realidad volverá a sacarles de su error. La persona no es solo una memoria, un intelecto y una voluntad desde donde puede controlarse cómodamente todo el resto de dimensiones personales. Y, además, hoy está muy acentuada culturalmente la experiencia como norma de plausibilidad de cualquier realidad. Si los conocimientos conceptuales no van acompañados de un eco concomitante en el resto de dimensiones de la persona no serán considerados una experiencia válida. Cuando hablo de experiencia me refiero a un acontecimiento, en sí espiritual, que engloba las diversas dimensiones de la persona: sensible, imaginativa, noética, volitiva, afectiva, estética, moral, interpersonal, familiar, social, cultural, etc. La acción pedagógica y pastoral debería tener en cuenta, por consiguiente, las diversas dimensiones de la persona.

Muchos perciben como necesidad urgente proporcionar calidez a las comunidades cristianas, y crear un ambiente de fraternidad y de cercanía pastoral a los problemas concretos de la gente<sup>17</sup>. Se debería llegar a poner en práctica una ecología de las relaciones humanas contra el aislamiento y la alienación de que son víctimas muchas personas en nuestras sociedades. Para ello se necesita tener una actitud pastoral relajada, distendida, sosegada. Es preciso comprender que se necesita dedicar tiempo no sólo al grupo o a la comunidad, sino también, y hoy especialmente, a cada persona. Muy difícilmente se puede llevar a la práctica este tipo de pedagogía pastoral con un modo de vida estresado y super-programado

---

<sup>16</sup> Cf. el informe de varios Secretariados del Vaticano: *Desafíos pastorales. Sectas o nuevos movimientos religiosos*: Ecclesia 2267 (1986) 656-667, especialmente 660, 661, 663.

<sup>17</sup> Cf. *Desafíos pastorales. Sectas o nuevos movimientos religiosos*: Ecclesia 2267 (1986) 663-664.

donde no hay cabida para la atención y la escucha de las personas. Para ello se requiere formar bien a los educadores y agentes de pastoral y ampliar el número disponible de los mismos. Las comunidades deberían reflexionar sobre la necesidad de preparar, para dar respuesta a este tipo de necesidades, a muchos seglares que, sin duda alguna, pueden y deben realizar su vocación pastoral en una tarea tan difícil, pero tan hermosa y noble al mismo tiempo, que antes se ha llamado diálogo terapéutico con los sectores más débiles o necesitados de nuestras grandes comunidades. Pero ello requiere el reconocimiento de la mayoría de edad de los seglares, lo cual si bien en teoría no ofrece hoy dificultades, está en la práctica muy lejos de encontrar un modo de realización concreto y satisfactorio.

El tradicional sistema parroquial parece conveniente que sea revisado. Esto lo refleja ya el propio informe del Vaticano de 1986 sobre las sectas<sup>18</sup>. El problema es si las iglesias cristianas disponen hoy de la actitud y ocasión adecuadas para emprender esa revisión. Nos estamos acostumbrando a unas celebraciones comunitarias en días de precepto con la asistencia de escasas personas. Estas, llenas de buena voluntad y de espíritu verdaderamente religioso, van a sentarse en un banco de la iglesia para cumplir un «precepto». Pero no parecen ir a una «celebración». El problema se acentúa en los núcleos urbanos. Son, muchas de ellas, comunidades puntuales, muy heterogéneas. Algunas, hablo especialmente de los medios urbanos, se constituyen como comunidades de aluvión para el momento puntual del culto. No hay más cohesión humana entre ellas. La revisión, por consiguiente, debería ir por el camino de constituir comunidades más fraternas y más a medida humana. Es lo que echan de menos en las iglesias muchas de las personas que entran en la sombra de las sectas. Hay cada vez más personas con diversos problemas, específicamente de orden moral, o canónico, que no encuentran ayuda ni ven salida a su situación en la actual organización de las comunidades cristianas. Estas personas, por buena voluntad que pongan, no perciben desde las comunidades cristianas una palabra de aliento, de apoyo, de esperanza y de auténtica acogida.

Otro elemento importante es la necesidad que tienen las grandes religiones, en este caso las comunidades cristianas, de integrar en su vida, como protagonistas de sus propias historias religiosas y de las de la comunidad, a un mayor número de personas. Muchos de los fieles se sienten números anónimos y sin rostro, perdidos en la enorme organización humana de las grandes iglesias, sin ningún protagonismo, en un ambiente religioso frío e inhóspito, falto de calidez humana y carente de posibilidades para una auténtica experiencia religiosa. La comunidad institucional cumple una de sus más importantes misiones cuando sirve de cauce a la integración de nuevos miembros en la experiencia religiosa originaria de salvación. La gran sangría que está experimentando la Iglesia católica en América Latina y en muchos lugares de Europa se debe, entre otras causas, a esta carencia de lugar para el

---

<sup>18</sup> Cf. *Ibid.*, epígrafe 3.1: «Sentido de comunidad».

protagonismo de la propia historia religiosa por parte de una gran mayoría amorfa de sus miembros. Las sectas emplean precisamente como reclamo proselitista la oferta de ese protagonismo religioso negado por las grandes iglesias a la mayoría de sus fieles. La disminución del número de clérigos en las iglesias cristianas, además de una llamada a la reflexión sobre la teología del ministerio ordenado y a la potenciación de la pastoral vocacional, puede ser también un signo del espíritu que llama a la promoción y diversificación de ministerios seculares y un estímulo para la formación espiritual y teológica profunda de los mismos. Sin esa preparación no podrán «competir» con el clero en el desempeño de tareas eclesiales de responsabilidad. La colaboración de los seculares con los ministros ordenados de las iglesias es, asimismo, necesaria. Se va imponiendo la conciencia de que es necesaria una mayor cohesión de vida, trabajo y liderazgo entre sacerdotes y seculares. Una mayor conciencia de la común misión en la construcción de la comunidad.

Las iglesias cristianas tienen además la posibilidad de desarrollar aun más la dimensión trinitaria de la fe cristiana. Nuestra época rechaza la idea-imagen de un Dios meramente juez. La búsqueda se dirige hacia el misterio último que se manifiesta en la piedad y la compasión paterno-maternal. El medio ambiente humano-social de la actualidad está adquiriendo perfiles duros e incluso despiadados para la vivencia y la experiencia de muchas personas. Mostrar el rostro piadoso, maternal y fraternal del misterio de Dios y de su Iglesia es el reto ante la religiosidad alternativa. Habrá que recuperar en la predicación y la pastoral cristianas la persona del Espíritu Santo, como huésped amable del alma humana y fuente de claridad interior, renovación y consuelo para un hombre que necesita, hoy más que nunca, la cercanía curativa de Dios a su propia vida. Espíritu de Cristo resucitado que infunde a las comunidades cristianas entrañas de misericordia maternal. Puede decirse que hoy hay muchísima gente sufriendo. Son incontables los sufrimientos de orden físico, psíquico, moral y espiritual que se ceban en personas, familias, comunidades, sociedades enteras. Las comunidades cristianas, si han de hacer resonar en el mundo actual el mensaje alegre, curativo y salvífico de Dios en Jesucristo tienen que encontrar el modo de acercarse de modo eficaz a ese «exceso de dolor» que aqueja al mundo actual. Muchos de nuestros contemporáneos contemplan con preocupación cómo las iglesias ejercen con tantísimo acierto su misión docente y, sin embargo, no encuentran un modo inteligible para el hombre actual de acercarse con su amor maternal a tantas situaciones de pobreza espiritual y moral como aquejan a millones de seres humanos dentro, fuera y en las fronteras de las iglesias. Las comunidades tienen ante sí el reto de encontrar el modo de hacer llegar esta presencia cercana de su maternidad al hombre contemporáneo.

### *El lenguaje del Espíritu*

Creo que las comunidades cristianas han de dirigirse al mundo hoy, especialmente, mediante el «lenguaje del Espíritu Santo». Lenguaje que podrá vertebrarse

en torno a tres elementos fundamentales. En primer lugar en torno al amor. Un lenguaje de amor, comprensible universalmente por todo hombre que sea humano. Es verdad que unos hombres pueden tardar más que otros en aprender este lenguaje. Pero, en algún momento de la vida, ciertamente no se sabe cuando, ese lenguaje se entiende. Los mensajes religiosos que hoy son mejor captados por la gente, de cualquier idioma, cultura o nación, es la lengua universal del amor. Las comunidades pueden llegar a ser mucho más eficaces a través de sus miembros que saben hablar este lenguaje que a través de otros medios de comunicación que llegan más difícilmente al hombre de hoy, aunque esos medios revisten una importancia esencial en cuanto soporte de la recta fe de las iglesias. Pero es indudable que Teresa de Calcuta, por no poner nada más que un ejemplo muy significativo hoy, hablaba y habla un lenguaje que llega bien a todo hombre en sus diversas circunstancias de vida. Un lenguaje hablado con sencillez que ha sido entendido por millones de seres humanos de una cultura tan absolutamente distante del cristianismo en tantos puntos doctrinales como es la hindú. Entendido a pesar de que en esa cultura existen elementos de orden doctrinal que hacen aceptable la suerte mísera de un amplio sector de la población, ya que el sistema de castas está sancionado por escrituras religiosas que tienen carácter «canónico». A pesar de ese obstáculo teológico, la Madre Teresa se hizo entender con un lenguaje de caridad específicamente cristiano. El propio discurso de las iglesias debería acentuar especialmente su opción por el amor al hombre en estas circunstancias concretas que le está tocando vivir, sin hacer por ello dejación de su misión de orientar rectamente las diversas dimensiones del comportamiento humano según el Evangelio.

En segundo lugar, el lenguaje del Espíritu es un lenguaje de paz. La paz la da la certeza de sentirse amado. Un ser humano se siente invadido de paz cuando se sabe valioso para alguien. Por eso Jesús muestra a los discípulos reunidos las heridas de las manos y el costado abierto con el corazón roto: son los signos del amor, del sufrimiento afrontado para dar vida. La situación actual requiere que el lenguaje kerigmático de las iglesias consiga aportar paz a tantas conciencias atormentadas y desorientadas. Lo que buscan, en su mayoría, las personas que acuden a zonas de religiosidad alternativa es, especialmente la paz del corazón que produce el sentimiento de la calidez de sentirse acogidos en una comunidad que, al menos al principio, rodea al neófito con un amor auténticamente maternal, aunque a la postre se revele el espejismo y se produzca el sometimiento inhumano a una estructura despersonalizante. El «gancho», sin embargo, es la necesidad de experiencia de la paz interior. Muchos de los fieles de las comunidades cristianas, específicamente de la Iglesia católica, esperan que el discurso doctrinal de sus comunidades, aun en el caso de tener que señalar desórdenes de tipo moral, les ayude al logro de una paz interior que les permita, justamente, intentar comprender el ideal que se les propone y hacer el esfuerzo de adaptar sus vidas al mismo. El mero reproche, la condena tajante, el juicio inapelable, ante determinadas situaciones morales que son por desgracia frecuentes entre los fieles de las comunidades, no parece arreglar los problemas. A veces, incluso puede exasperar a sus destinata-

rios, que pueden sentirse situados en el límite de la fe. El discurso religioso debería esforzarse por señalar el defecto moral, el pecado, al tiempo que transmite el mensaje del amor de Dios por encima de todo. En los labios del padre del hijo pródigo, o del Jesús que defiende a la adúltera o a la pecadora arrepentida<sup>19</sup>, no suena tanto el reproche, cuanto el amor que vence al mal superándolo. Es esta actitud, que no deja de reconocer y señalar el mal, la que transmite la paz al corazón del hombre en situación moral problemática y oscura.

En tercer lugar, el lenguaje del Espíritu es un lenguaje de perdón. El perdón es la más sublime forma de que se reviste el amor. Es un amor que se siente con fuerza para pasar por alto la afrenta y el dolor sentido en lo más hondo. El perdón es el amor que sigue amando aun sin ser amado, aunque no recoja del otro el fruto del amor. El perdón es un amor potente, fuerte, persistente, más poderoso que el pecado. Una de las más bellas escenas de perdón recogidas en el Evangelio es aquella en la que Juan recompone desde la fe pascual el reencuentro del Pedro débil en su cobardía con Jesús<sup>20</sup>. El Señor resucitado no le preguntó acerca del pecado de la cobardía y del abandono de la vocación; tres veces le preguntó sobre el amor: «Pedro, ¿me quieres?» Donde el Maestro enseña que el amor que perdona revela su más exquisita finura en un cierto disimulo. Jesús no insiste obsesiva y escrupulosamente sobre el pecado, no humilla insistentemente con el recuerdo hiriente de la falta, no desea abochornar al pecador Pedro, sino tenderle el puente del olvido de la falta y facilitarle la reparación, por el amor, de la traición. No hay aquí indicios de una praxis penitencial obsesivamente centrada en el recuento y la versión en magnitudes escrupulosamente mensurables de los detalles, circunstancias y movimientos del ánimo que concurrieron en el pecado. Hay el ejercicio de un amor que perdona con su poder ante un gesto de contrición del corazón. Hay la sabiduría de quien intuye que el recuerdo del mal causado hiere ya suficientemente la memoria y que lo más necesario entonces es curar el dolor: el dolor del amor herido que se cura perdonando; y el dolor del amor infiel que sana aceptando la reconciliación y el perdón. Teológicamente, esto es lo que proclaman las iglesias en su predicación de la misericordia divina. La Iglesia católica lo hace específicamente en su teología del sacramento de la reconciliación. Pero hay que reconocer, fenomenológicamente, que este mensaje no logra impactar al hombre contemporáneo, quizás por las formas en que ha venido envuelto debidas a la idiosincrasia de los diferentes cauces de proclamación y a una praxis penitencial que no siempre fue acertada<sup>21</sup>. La época que estamos viviendo es una época crítica y difícil para seglares y clérigos, dentro y fuera de las iglesias. Parece llegado el momento de que las comunidades cristianas se planteen la necesidad de acentuar especialmente

---

<sup>19</sup> Cf. Lc 15,11-32; Jn 8,1-11; Lc 7,36-50.

<sup>20</sup> Cf. Jn 21,15-19.

<sup>21</sup> Cf. las inspiradas instrucciones de Juan Pablo II sobre la actitud del confesor en la praxis penitencial, en su discurso a los miembros de la Penitenciaría Apostólica, especialmente los números 5 y 6. En *L'Osservatore Romano*, ed. Española, 9 de abril de 1993.

ante el mundo de hoy este lenguaje universal, el lenguaje del Espíritu, o sea, el del amor, la paz y el perdón.

Es un hecho evidente que el cristianismo, en nuestro caso la Iglesia católica, ha propiciado el que surgieran en su seno innumerables vocaciones dedicadas al cuidado de las mil maneras de miseria humana, moral, espiritual y material, que han recorrido y recorren la historia del mundo. Lo que sólo en los tiempos modernos ha comenzado a ser una preocupación para los estados, ha constituido para las comunidades cristianas, durante veinte siglos de historia, una exigencia de la fe. Al filo de esta exigencia muchos cristianos han entregado su vida al ejercicio de este amor multiforme. Las heridas de los hombres que las iglesias cristianas han atendido y curado, y las penas y dolores que los creyentes han aliviado y alivian en todos los puntos de la geografía planetaria, testimonian como signos visibles la presencia actual de Cristo en la fe de las personas y de las comunidades y, además, constituyen un honroso patrimonio moral reconocido y respetado por todos los pueblos. No es posible enumerar aquí la lista ingente de instituciones cristianas y de creyentes íntegramente dedicados al alivio de las durísimas condiciones en que se desenvuelve la vida de muchos seres humanos. Ni hace falta insistir en el hecho evidente de que sólo desde la fe en Jesucristo es comprensible la fortaleza de aquellos creyentes que se ocupan de las más oscuras y dolorosas cruces que deben arrastrar muchos hombres. Precisamente, este mensaje de la maternidad misericordiosa de las comunidades cristianas es el más impactante e importante para la sensibilidad del hombre contemporáneo. Habrá que insistir en encontrar un camino para que este mensaje, junto al del magisterio docente, necesario y tan importante, encuentre su lugar y abra el horizonte de la esperanza para el mundo en los umbrales del siglo XXI.